

Itinerarios culturales de la locura Manuel Desviat

HAMLET: *Sí, tienes razón. ¿Y por qué le enviaron a Inglaterra?*
CLOWN 1.º: *Pues porque estaba loco; allí recobrará el juicio y si no lo recobra, no importará ello gran cosa en aquel país.*
HAMLET: *¿Y eso?*
CLOWN 1.º: *Porque nadie lo notará; allí todos son tan locos como él.*

William Shakespeare, (*Hamlet*¹)



Sesión terapéutica de Kasselem Segara:
la música hará descender a los espíritus sobre el paciente y desocultará la causa de su enfermedad.

El estudio de los trastornos mentales en las diferentes culturas está lleno de enseñanzas, sobre todo para unas ciencias de la salud que se olvidan con frecuencia del sujeto y de sus raíces antropológicas. La medicina tradicional ilustra la forzosa diversidad en las formas de presentación de los cuadros psicopatológicos y la relatividad de los criterios de normalidad; ejemplariza,

en definitiva, la primacía de cada cultura en la idea que cada sociedad se hace de la locura o el malestar psicológico y de las formas de su tratamiento. En la construcción de la enfermedad mental y de su tratamiento está la historia de los pueblos, de sus mitos y símbolos; están los distintos relatos que constituyen su interpretación del mundo. Relatos que en las culturas ágra-

fas se transmiten oralmente, viajando con las generaciones, mezclándose con otras culturas, con otras narraciones y leyendas, constituyendo la identidad de los grupos originarios. La medicina tradicional forma parte del equilibrio social de los grupos, del orden social de los pueblos. Equilibrio entendido en las tradiciones primigenias como interacción de fuerzas provenientes de la naturaleza, del ser humano y del mundo de las creencias. Hasta cuando irrumpe la diferencia, pues parece que hay un orden en el desorden que supone el comportamiento anormal. La etnopsiquiatría nos enseña que personas que se apartan de la norma de su grupo y que desde otras culturas podríamos considerar locos cumplen una función social en el grupo o etnia a la que pertenecen. Así como que, en las situaciones de estrés, la misma cultura proporciona al individuo indicaciones sobre cómo actuar, como si el grupo dijera al individuo: «No lo hagas, pero si lo haces, es preciso que lo hagas como te indico» (Devereux, "Los desórdenes étnicos"). El síntoma se hace enfermedad según el imaginario colectivo del grupo social al que se pertenece. Es la comunidad la que tiene los criterios de lo normal y lo patológico. Ningún síntoma psicopatológico aislado, considerado en sí, resulta sin más anormal o incluso morboso. Los síntomas más patognomónicos y alejados de lo habitual (como las alucinaciones), en determinadas circunstancias y en determinadas culturas, borran sus límites entre lo normal y lo patológico².

La comunidad de psiquiatras y psicólogos de la medicina tecnológica occidental, sabe de esto. Lo incorpora en sus clasificaciones internacionales y tratados. Pero lo suele ignorar en la práctica y en su propia conceptualización de la enfermedad. Por

lo general el sanitario occidental considera la medicina tradicional como prácticas primitivas de cuidados debidas a razones de subdesarrollo e incultura. Por mucho que cada vez nos topemos en nuestro etnocéntrico primer mundo, gracias a la inmigración y a la proliferación de todo tipo de sectas y prácticas alternativas, con gran diversidad de terapias y remedios basados en la medicina tradicional. Por otra parte, no podemos ignorar que para buena parte de la población mundial la medicina tradicional supone casi la única posibilidad de cuidados (según informes de la OMS, en algunos países asiáticos y africanos supone el 80% de la atención primaria de salud recibida), y que en los países desarrollados (aquí la denominamos alternativa o complementaria: las MAC de las que escribe Marta Sanz en este número), se estima que más del 70% de la población ha recurrido alguna vez a este tipo de cuidados. Un fenómeno amplificado por los límites de la medicina "científica" y por la creciente insatisfacción de amplias franjas de la población con respecto a un modelo sanitario que se vive como deshumanizado y mercantilizado.

La pérdida de valores acaecida durante el siglo pasado, con el horror de dos guerras mundiales y la devastación económica y moral de una tecnología científica puesta al servicio de la ley del mercado, ha puesto en duda la superioridad de la civilización occidental, lo que ha hecho que se vuelva la mirada a las tradiciones asiáticas, africanas y de los pueblos indígenas de América. Es un intento de escapar de las penumbras de nuestra forma de vida. Como lo son el aumento de las corrientes de irracionalismo —astrológia, ocultismo, gurús de todo tipo, quiromantes, geomantes, echadores de tarot, fenómenos extrasensoriales,

Parece que hay un orden en el desorden que supone el comportamiento anormal.

²Desviat M. *Síntoma, signo e imaginario social*. Rev As Esp Neuropsiq 2010;125-33.

¹Shakespeare W. O.C. 1951. Madrid, Aguilar.

Fotografía de Albert Romero. En: Piero Coppi, Guaritori di folia, Bollati Boringhieri, editore, 1994 (Edición española: Los que cuidan a los locos, Atalaya, 1998).

sobrenaturales, o del submundo gótico y vampírico están de moda-. Es una reacción frente al predominio de la ideología tecnocrática, de una realidad que huye de la fantasía, que quiere ser simplemente "real", de un pensamiento que quiere ser ramplonamente único. Consumo escapista o una vuelta al grupo, a lo colectivo, a supuestas fuentes originarias, en busca de creencias que den sentido a la vida, míticas respuestas a las incertidumbres ancestrales cuando ya están gastados los grandes relatos trascendentes imperantes desde la Ilustración, desde la religión a las nuevas utopías de la modernidad, como el progreso y la sociedad igualitaria.

Pero, como señalaba al inicio, hay algo más que aprender de las medicinas tradicionales, hay una enseñanza fundamental en el actual momento crítico para el pensamiento social, que tiene que ver (como nos dice en este mismo número Teresa Aizpún: "La otra psiquiatría, salud y equilibrio interior") con una realidad que tozudamente rompe las certidumbres consideradas inmutables de la ciencia, que demuestra que la realidad no es un agregado de partículas ni hay una estabilidad en la materia. La separación que inaugura el modelo científico-tecnológico en Occidente allá por los siglos XVII y XVIII cada vez es más cuestionada. Probablemente fue necesaria esta escisión de la ciencia del pensamiento mítico -y, sobre todo, místico- de la cerrazón religiosa. La permanente obstrucción de la religión (en este número publicamos un fragmento del *Malleus Maleficarum*, terrorífica muestra de hasta donde pueden llegar el fundamentalismo religioso en defensa de sus privilegios) obligaba a separar el desarrollo científico y técnico de los prejuicios e intereses de la Iglesia. Separación que por otra parte ya encontramos en la Grecia clásica, lo que

permitió su espectacular adelanto en medicina, astrología, física, matemáticas..., que sentará las bases del pensamiento occidental tras el Renacimiento. Pero esta separación no solo aparta a la ciencia del pensamiento mágico y supersticioso; nos aparta del mundo de los sentidos, del llamado "sentido común". Deja fuera todo un universo de significados que no se ajusta a la lógica de las ciencias exactas. Quizás hoy, afianzado el universo tecnológico, se pueda superar este divorcio, como ya dijo Claude Levi-Strauss, sabio estudioso de los mitos y del "pensamiento salvaje", que se confesaba fiel lector de revistas científicas y se decía convencido de que la ciencia reincorporaría esa otra lógica de lo concreto, los datos de los sentidos, reincorporando al desarrollo científico gran cantidad de problemas hoy dejados de lado³.

Avanzar encarrilados por una sola vía nos impide acceder a un amplio universo que escapa a lo hoy objetivamente mensurable, nos obliga a dejar en el camino cantidad de problemas, importantes cuestiones sobre la persona humana y su futuro. Un mundo más habitable tendrá que hacerse sobre pilares más amplios, que den cuenta de la diversidad, de la necesaria mistura, de la continua mudanza. Sin los prejuicios de falsa certidumbres.

³ Lévi-Strauss C. *Mito y significado*. Madrid: Alianza Editorial; 2009.